

INÉS DOMÉNECH DEL RÍO

CICATRICES EN EL HIELO



algaida



Diseño de cubierta: Jose Luis Paniagua

Primera edición: 2023

© Inés Doménech del Río, 2023

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-831-3

Depósito legal: SE. 151-2023

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1. Clara	11
CAPÍTULO 2. La semilla	13
CAPÍTULO 3. Un cuerpo en el parque.....	17
CAPÍTULO 4. Un suicidio	27
CAPÍTULO 5. La nueva vida	33
CAPÍTULO 6. El velatorio	36
CAPÍTULO 7. La elegida	40
CAPÍTULO 8. Un cadáver en una maleta.....	42
CAPÍTULO 9. Un pañuelo rojo	51
CAPÍTULO 10. Un amigo.....	58
CAPÍTULO 11. Los dedos y la maleta.....	60
CAPÍTULO 12. Evelyn	64
CAPÍTULO 13. Segundo cadáver en una maleta	65
CAPÍTULO 14. Otro pañuelo rojo	72
CAPÍTULO 15. El cinturón	85
CAPÍTULO 16. Una cena de amigos.....	88
CAPÍTULO 17. La identificación.....	93

CAPÍTULO 18. Un nuevo camino	102
CAPÍTULO 19. El encuentro	105
CAPÍTULO 20. La habitación de Clara.	113
CAPÍTULO 21. La carrera	124
CAPÍTULO 22. El pasado	126
CAPÍTULO 23. Una salida nocturna	135
CAPÍTULO 24. Un despacho ilustre	141
CAPÍTULO 25. Una petición	144
CAPÍTULO 26. Un cadáver en un hotel	149
CAPÍTULO 27. La víctima	156
CAPÍTULO 28. El club	162
CAPÍTULO 29. El sótano	171
CAPÍTULO 30. Algunos resultados	182
CAPÍTULO 31. Los detenidos	190
CAPÍTULO 32. La conversación	195
CAPÍTULO 33. La sangre	199
CAPÍTULO 34. Nuevas pistas	204
CAPÍTULO 35. Otra vez los sospechosos.	214
CAPÍTULO 36. Un encuentro	221
CAPÍTULO 37. Otro cadáver estrangulado	224
CAPÍTULO 38. Las huellas.	231
CAPÍTULO 39. La detención	236
CAPÍTULO 40. La declaración	245
CAPÍTULO 41. Huellas en las maletas	254
CAPÍTULO 42. Dos mujeres	260
CAPÍTULO 43. Los recuerdos	269

CAPÍTULO 44. Un hombre en escena	272
CAPÍTULO 45. Mariana y Camila.....	276
CAPÍTULO 46. Un nuevo sospechoso	279
CAPÍTULO 47. La decisión	283
CAPÍTULO 48. La toma de muestra.....	287
CAPÍTULO 49. La prueba	292
CAPÍTULO 50. La detención.....	296
CAPÍTULO 51. Un caso resuelto	299
CAPÍTULO 52. Un café.....	304
CAPÍTULO 53. La madre y la hija.....	308
CAPÍTULO 54. Una intuición	312
CAPÍTULO 55. La prueba definitiva.....	316
CAPÍTULO 56. Las cenizas	320
CAPÍTULO 57. La petición	323
CAPÍTULO 58. La visita	327
CAPÍTULO 59. Una caña	332
CAPÍTULO 60. La muerte	337
CAPÍTULO 61. El diario de Clara.....	341
Agradecimientos	347

CAPÍTULO 1

CLARA

«**N**ECESITO DESCANSAR». Caminaba a oscuras por los senderos del parque. Los ojos en el suelo, la mandíbula encajada y el pensamiento anclado en el siguiente paso.

La melena pelirroja se erizaba al rozar las hojas de los arbustos. La silueta se iluminaba al caminar debajo de las farolas; a los pocos segundos se volvía a sumergir en las tinieblas. Las hojas de los árboles susurraban al entrecuchar con la brisa, como si quisieran impedir que avanzara.

Se sentó. Temblaba. El vestido se pegaba a la piel. Había olvidado coger el abrigo al salir de casa.

«¡Qué más da!».

Subió a la rama más alta del hibisco. Desde allí veía el mundo lejos. Lanzó la cuerda sobre una rama, para atar un extremo. Comprobó su resistencia.

—No puedo seguir —murmuró.

Con el otro extremo, rodeó su cuello con un nudo
apretado. No vaciló, se dejó caer.

El dolor desapareció con ella.

CAPÍTULO 2

LA SEMILLA

Pinares de San Antón. Julio de 1995

JUGABA EN EL JARDÍN CON SU AMIGO ANDRÉS. ACABABAN de salir de la piscina y le enseñaba el coche teledirigido que le había regalado su padre por las buenas notas que había sacado.

Era un todoterreno naranja, el más grande que había en la tienda, con ruedas de taco que sobresalían por los lados. Con una sonrisa, disfrutaba de la cara de envidia de su amigo. Con el mando, lo dirigía a toda velocidad por el camino de entrada y hacía saltar las piedras que bordeaban los parterres, hasta que acababa con las ruedas mirando al cielo.

Había mucho ajeteo en la casa. Desde hacía varios días algo pasaba, pero se sentía ajeno.

Un hombre cargado con cajas estuvo a punto de pisar su juguete.

—¡Eh! ¡Cuidado! —le gritó enfadado.

Su madre se asomó a la terraza. Las lágrimas le corrían por la cara, pero él no lo percibió. Estaba absorto en su juego.

—Ven, cariño. Vamos a tu cuarto.

—Mamá, ahora no puedo, estoy jugando con mi amigo. Su madre se acercó.

—Tienes que venir, no puedes seguir jugando. Nos vamos.

—¿Pero dónde? Ahora no puedo, estoy con Andrés.

—Andrés, tendrás que irte a tu casa. Hijo, vamos a tu cuarto, nos tenemos que marchar.

—¡Mamá! ¡No quiero entrar! ¡Quiero seguir jugando!

De mala gana, se despidió de su amigo con un movimiento de la mano, y este se marchó. Su madre le acarició el pelo y le dio un beso en la mejilla.

—Cariño, nos vamos de esta casa. Papá y mamá también están muy tristes, pero lo importante es que estamos juntos. Iremos a vivir a otra. Será divertido. Venga, vamos a coger tus juguetes.

En el centro del cuarto tenía instalado su preciado Scalextric. En dos estanterías que cubrían las paredes enteras estaban todos sus tesoros.

—¿Cuáles son tus favoritos?

—Todos.

—Todos no nos los podemos llevar.

—Es que todos son míos.

—En nuestra nueva casa no nos caben.

Las lágrimas brotaron. No entendía lo que pasaba. No se podía desprender de sus queridos juguetes. Su madre le preguntó:

—¿Nos llevamos el Geyperman explorador? Ese te gusta mucho.

—Vale. ¿Y el todoterreno que me ha regalado papá por las notas?

—También.

—¿Y el Scalextric?

—Cariño, ese es muy grande.

—No me iré sin mi Scalextric.

La madre miraba cómo su hijo lloraba. Lo comprendía. Ella también se había tenido que desprender de su ropa de diseño, que había malvendido a sus vecinas, y de sus muebles de anticuario que habían salido a subasta.

—Los meteremos en cajas para que ocupe menos.

—¿Y mi Nintendo?

—Claro, y todos los juegos. Ve colocándolos en esas cajas.

Salió de la habitación para no verlo llorar. Tenía que mantener a su familia unida, eso es lo que ahora importaba. En el salón, su marido seguía sentado en la única silla que quedaba, arrugado, con la cabeza entre sus manos. A su alrededor, los hombres contratados para el transporte metían las escasas pertenencias que les quedaban en las últimas cajas.

Bajó con el coche teledirigido debajo del brazo. El salón estaba vacío. Su padre, con la mirada perdida, estaba delante de la puerta y parecía encogido. Su madre cerraba las ventanas y echaba las persianas. Al terminar dijo:

—Vamos, empieza una nueva vida.

En la acera, sus vecinas, una niña pelirroja de su misma edad y su hermana pequeña morena de ojos negros, se

despidieron con una sonrisa y moviendo sus manos. Otro rostro, desde la ventana, los veía marchar con una mueca de satisfacción.

Se montaron en el taxi que los llevó a esa nueva vida, que nunca quisieron vivir.

CAPÍTULO 3

UN CUERPO EN EL PARQUE

CARLOTA SUÁREZ HABÍA VUELTO A SU CIUDAD NATAL.

Con la mirada puesta en el infinito, reflexionaba sobre los cambios que se habían producido en su vida. Sus dedos, en un movimiento inconsciente, hacían un círculo en su ondulado cabello castaño.

Estaba sentada en la mesa de su nuevo despacho. Entraba la luz propia de un semisótano orientado al sur, en un municipio costero con un largo horario solar. Miró el armario que tenía enfrente, metálico y frío. Su mente se trasladó al armario de madera, de puertas gruesas, donde guardaba la bata y el fonendo en el despacho anterior. Lo comparó con su nueva vida. Una vida de líneas rectas de la ciudad, con la que había quedado atrás, sólida y relajada de su ambiente rural donde había trabajado la última década.

Los cambios en su vida no le asustaban; es más, los tomaba como un reto. Aunque no era fácil. No le había im-

portado el traslado. Sentía que llevaba demasiados años inmersa en la monotonía. Hasta que una turbulencia la enmarañó. Una mañana de sábado, mientras desayunaban, Javier la sorprendió.

—Tengo que comentarte algo.

Carlota dejó la tostada en el plato.

—Dime.

—Me han ofrecido una plaza de profesor en la Universidad de Málaga.

—Qué bien.

—No les he dado una respuesta. Tenía que hablarlo contigo.

Javier buscó los ojos de Carlota.

—Es inesperado, desde luego. Un cambio nos puede venir bien —le respondió ella.

La decisión fue rápida. Pusieron en venta la casa, y en tres meses se trasladaron. Las primeras semanas habían estado envueltas en un frenético empeño de normalizar la vida cotidiana, como encontrar el secador de pelo o unos calcetines negros.

Carlota embaló lo imprescindible en dos maletas como el *kit de supervivencia* para los primeros quince días. Con esa fase superada, convivían con múltiples cajas.

—¿Cuándo vas a ir a verlo? —le preguntó una tarde Javier.

—Todavía es pronto.

—¿Sabe que estamos aquí?

—No.

—Carlota, es tu padre.

—Sí. Lo sé.

En la ciudad, los cadáveres eran anónimos. Las autopsias de muertes violentas, los accidentes de tráfico y las agresiones, numerosas.

A cambio, en el Instituto de Medicina Legal tenía compañeros para comentar y resolver el intenso trabajo diario. Era agradable compartir opiniones sobre los casos.

El móvil de Carlota sonó.

—Carlota, buenos días, hay un levantamiento.

Carlota reconoció la voz al otro lado del auricular.

—Buenos días, Ramón. ¿Qué información tenemos?

—El cadáver de una mujer ha aparecido en el parque. Colgada de un árbol.

—En un minuto estoy en el aparcamiento.

—Te lo agradezco, sabes que ante un cuerpo en vía pública es conveniente que actuemos lo antes posible.

—¿Algo más que deba saber?

—Estoy tomando declaraciones en la guardia. Si ves algo raro me llamas. Va contigo José, el agente judicial.

—Perfecto. Adiós.

Carlota colgó el teléfono. Desde la promulgación de la nueva ley, salvo en los asesinatos que movilizaban la comisión judicial al completo, iba ella sola a los levantamientos.

«Lo de ir sin el juez aún me parece raro».

Abrió el maletín. Revisó con la mirada, y repuso los guantes de látex. Se dirigió hacia el aparcamiento del juzgado. El conductor los esperaba con el motor en marcha. Carlota se sentó en el asiento delantero del copiloto.

Mientras avanzaban por la avenida de Andalucía hacia el parque, la sirena les abría paso. Los vehículos se apartaban en los carriles laterales.

Se detuvieron detrás de dos coches patrulla de la Policía nacional. Los agentes levantaron el precinto de la zona, y Carlota se dirigió hacia donde le indicaron que se encontraba el cadáver.

Dos policías lo custodiaban. Tras el saludo, uno de ellos puso en antecedentes a Carlota.

—Una señora que paseaba a su perro, al pasar delante del árbol, vio el cuerpo colgado. Llamó a urgencias. El médico determinó que llevaba varias horas muerta y, al tratarse de una muerte violenta, activó el protocolo de muerte judicial. Nos avisó y nosotros al juzgado de guardia. El cuerpo se encuentra allí.

Al señalarlo, Carlota vio el cuerpo de una mujer: colgaba de un gran hibisco sujeta por el cuello. Entre las flores rojas, su largo cabello rojizo tapaba su rostro. Apenas habría pasado la treintena. Una cuerda permanecía atada al árbol: un extremo a una rama por encima de su cabeza, y el otro rodeaba su cuello. Sus pies colgaban a pocos centímetros del suelo.

«¿Cómo habrá subido? Debía ser muy ágil y su escaso peso pudo hacer posible el ascenso. El árbol no es muy alto, ni robusto» susurraba Carlota para sí misma, mientras tomaba las primeras notas del lugar.

En voz alta dijo:

—¿Está identificada?

—Sí, el bolso estaba al pie del árbol. Se llamaba Clara Bermejo. Según el médico del 061, no consta ningún antecedente clínico.

El agente entregó a Carlota un informe escrito a mano. Ese apellido le sonaba cercano.

—¿Tenemos alguna otra información?

—Aún no hemos encontrado a la familia.

—Bien, vamos a proceder al levantamiento del cadáver.

Carlota se dirigió hacia donde estaba el cuerpo de la mujer. Quería empezar la inspección.

Divisó una silueta que hacía fotografías en torno al árbol. Reconoció a Jorge Aranda, inspector de Policía científica. Se alegró de verlo. Su presencia tranquilizaba a Carlota. Había coincidido en otros asuntos, y sabía que era un policía con inteligencia e intuición, aunque algo irascible. Se saludaron con un breve gesto de la cabeza.

Carlota cogió del maletín el protocolo de levantamiento y empezó a escribir los datos de filiación con el documento de identidad de la víctima que el agente había encontrado en el bolso, caído a los pies del cuerpo.

Dirigió la mirada hacia la cara de la joven. Su cabello, de una preciosa tonalidad rojiza, le cubría un rostro transformado, congestivo, como pintado de color violáceo con la lengua oscura y amoratada fuera de la boca. Los ojos protruían hacia el exterior. La brisa balanceaba la tela de su vestido. La cuerda, una línea blanca que rodeaba su cuello, aparecía por el lado derecho de la cabeza, lo que hacía que esta se encontrara ligeramente inclinada hacia delante y torcida hacia la izquierda.

Al situarse junto a ella, le inspeccionó de forma minuciosa las manos. Continuó por el cuerpo y las extremidades, por si necesitaba recoger algún dato antes de descolgarla. Uno de los pies estaba descalzo y el otro mantenía un zapato negro de tacón bajo. Midió la distancia al suelo.

—Veinte centímetros —anotó Carlota.

El otro zapato permanecía apoyado por su lateral sobre el suelo, justo debajo del cuerpo.

«Una ahorcadura completa, al estar sus pies separados de la superficie», se dijo así misma en voz baja Carlota.

Midió las otras distancias: de la cuerda del cuello al suelo, a los pies del cadáver, al nudo de la rama del árbol, de este al suelo. Dibujó un esquema con las medidas para facilitarle la escena al compañero que le correspondiera hacer la autopsia.

Todos los detalles de la escena quedaron reflejados en su informe. Avisó al inspector.

—¿Habéis terminado con las fotos? Vamos a descargarla.

El funerario estaba subido en el último peldaño de una escalera y permanecía atento a la señal de Carlota que indicase cuándo podía cortar la cuerda. Había conseguido que alguien de mantenimiento del parque le prestase esa escalera que, aunque la altura no era mucha, hacía mucho más fácil descender el cuerpo.

Solo hizo falta un gesto de Carlota asintiendo con la cabeza para que supiese que era el momento de cortar la cuerda, mientras sujetaba el cuerpo por el tórax con su brazo izquierdo. Con su brazo derecho extendido, la cortó.

La caída del cuerpo se amortiguó al sujetarle las piernas su compañero de la funeraria. Ambos depositaron cuidadosamente el cuerpo sobre el suelo.

El extremo de una cuerda blanca, de nailon, redonda de seis cabos, quedó libre sobre el suelo. Carlota le indicó a uno de los funerarios:

—Coge el extremo de la cuerda que está en el árbol. Vamos a meterla en el sudario con el cuerpo para que la vea el compañero que haga la autopsia.

Carlota había oído que algunas personas coleccionaban esas cuerdas para hacer algún tipo de sortilegio de nigromancia. En cualquier caso, procuraba recoger cualquier objeto del levantamiento y, más aún, los que pudieran tener relación con la muerte y pudiesen ayudar a proporcionar datos en la autopsia.

«El nudo atado a la rama, ahora cortado, es fijo. En el otro extremo, el atado al cuello, parece corredizo. La cuerda alrededor del cuello es doble» susurraba Carlota mientras escribía tras haberlo inspeccionado. Prefería escribir conforme veía, pues cuando se pusiera los guantes no lo podría hacer.

«Viste vestido *beige* estampado en negro. Sin manchas, ni desgarros».

Hasta aquí era lo que podía describir sin tocar. Dejó los papeles en el maletín y se puso los guantes.

Volvió a explorar las manos, esta vez palpándolas, sin encontrar signos de violencia, ni de defensa, ni de lucha. Solo unas pequeñas erosiones en la palma de la mano derecha, que podían estar relacionadas con la subida al árbol. Sus manos tenían restos de la corteza de árbol.

—Parece que no hay signos de violencia en manos ni brazos antes de la muerte. Tiene pequeños arañazos superficiales en la palma y en los dedos, que puede habérselos hecho al subir al árbol. Mira, hay restos de corteza en las palmas de las manos —le comentó Carlota al inspector Aranda que permanecía atento.

Palpó la cabeza. No notó nada anormal. Dirigió su atención al cuello. Confirmó que el nudo era corredizo, con dos vueltas de la cuerda alrededor del cuello. El nudo estaba debajo y detrás de la oreja derecha. Dejó la cuerda para no interferir en la autopsia.

Le levantó el vestido por delante y luego, con la ayuda de los funerarios, rotaron el cuerpo para comprobar si había lesiones en la espalda. Con el dedo, presionó para ver el estado de las livideces cadavéricas. No estaban fijas. El cuerpo estaba todavía caliente. Carlota miró el reloj, eran las diez de la mañana. Según su estimación inicial, la muerte se podía establecer en escasas horas antes, alrededor de dos y cuatro horas.

Aranda se acercó a la médico forense.

—¿Podemos coger ahora las huellas para identificarla?

—Sí, es mejor, y confirmamos la identidad.

Envió la foto de las huellas a la central por el móvil, y a los pocos minutos le enviaron las que tenían pertenecientes a esa identificación, y tras cotejarlas comentó:

—Se confirma que es Clara Bermejo.

El nombre le volvió a recordar a alguien. Terminó de coger los datos e indicó que se podían llevar el cadáver. Todo parecía indicar que era un suicidio, aunque habría que esperar a la autopsia por si aparecía algún dato sospechoso.

Antes de marcharse para el juzgado, se acercó al inspector para despedirse. Lo encontró más serio que de costumbre, muy parco en palabras. Siempre finalizaban el trabajo relajando la tensión con algún comentario menos

dramático. Su respuesta fue un breve adiós. Carlota pensó que estaría agobiado de trabajo. Sin darle más vueltas al asunto, se introdujo en el coche.

Al llegar al juzgado se dirigió al despacho del juez Fuentes. Estaba solo, así que se introdujo sin formalidades.

—Buenas, he vuelto del levantamiento. Todo parece indicar que es un suicidio. Mañana, cuando se haga la autopsia, te lo confirmo —dijo Carlota mientras se sentaba enfrente.

—Perfecto. Yo aún no he terminado con las declaraciones. ¿Se sabe si tenía algún problema o seguía algún tratamiento de salud mental?

—No lo sabemos. No se ha localizado a la familia.

—Quizá cuando contactemos con ella nos pueda dar algún dato.

—Parece que no tenía mucho contacto con ella.

—La mayor parte de las veces nos quedamos sin saber por qué se pone fin a la vida. Te dejo para seguir con las declaraciones.

—Me voy yo también, que tengo algunos informes pendientes.

Carlota salió del juzgado de guardia y terminó sus informes. Al llegar a su casa, su perra Luna la saludó poniendo sus patas encima antes de salir del coche. Desde la cocina, observó el terreno que había preparado para su huerto. Lo había soñado desde que llegaron. Su afición más secreta, el cultivo de tomates y, en especial, los huevo de toro de la comarca. Se había pasado el fin de semana quitando las malas hierbas y allanando el terreno. A un lado, el estiér-

col amontonado la estaba esperando. Después de comer con Javier, esa tarde comenzó a airearlo y abonarlo. El sudor le corría por la espalda y eso le hacía sentirse bien. Miraba el terreno, sin dejar que otros pensamientos entraran en su mente.

CAPÍTULO 4

UN SUICIDIO

ANTES DE EMPEZAR SU TRABAJO, SE DIRIGIÓ A LA sala de autopsias.

—Buenos días, Carlota. ¿Vienes a echarme una mano en la autopsia? —preguntó Esteban, que se encontraba de pie junto al cadáver de Clara, dispuesto a comenzar.

—¡Claro! Hice el levantamiento ayer —respondió Carlota a su compañero al atravesar la puerta corredera de la sala.

Mientras se ponía los guantes, miró el cuerpo. La cara se encontraba menos amoratada que el día anterior, al haber permanecido en decúbito supino en la cámara frigorífica. Una gota de sangre asomaba por la comisura labial. A través del vestido pegado a su cuerpo, se intuían los relieves óseos de la cadera.

—Parece una muerte por ahorcadura, sin mucho más —señaló Esteban con la cámara fotográfica en la mano—, aunque estamos empezando y no se puede aún afirmar nada. Tenemos el peso y la talla. ¿Le vamos quitando la ropa?

La auxiliar asintió.

—Me quedo unos minutos. Estoy pendiente de un juicio —dijo Carlota.

—Mira, tiene unas pequeñas erosiones en la zona palmar de los dedos y las palmas.

—Sí, se las vi en el levantamiento. Tenían restos de corteza del árbol. Se las pudo producir al subirse a la rama.

—Es verdad, lo leí en el protocolo, aparece más claro en el dibujo que hiciste. En tórax y abdomen no hay lesiones externas. En los brazos y las piernas, tampoco —confirmó tras haberlos inspeccionado. Dirigiéndose a la auxiliar, le indicó:

—Vamos a empezar por el tórax y abdomen. Luego la cabeza, y dejamos para el final el cuello.

A Carlota le sonó el móvil en su bolsillo.

—Me llaman para el juicio. No voy a poder ver la autopsia del cuello.

—No creo que encontremos nada sospechoso de homicidio. Después nos vemos y te cuento.

—Nos vemos luego.

Carlota dejó a su compañero para ir a la sala donde la esperaban para declarar como médico forense en un juicio. La vista se alargó debido a la complejidad del caso, donde había varios presuntos implicados en un asesinato con arma blanca en una discoteca.

A última hora de la mañana, Carlota se pasó por el despacho de su compañero Esteban, para enterarse de los últimos hallazgos de la autopsia de Clara. El médico le enseñó las fotos del cuello:

—En esta se ve que, en el surco de ahorcadura en la piel, se dibuja la trama de la cuerda. ¿Ves las crestas hemorrágicas en su interior?

—Sí, se ve cómo deja el dibujo por la presión de la cuerda que asfixia el cuello.

—Mira las siguientes: la línea argentina de color blanquecino por la condensación del tejido celular subcutáneo debajo del surco; en los músculos del cuello había infiltraciones hemorrágicas y desgarros en sus vientres.

—Veo que en la laringe hay una fractura del asta mayor derecha del hueso hioides del cuello con una zona hemorrágica —dijo Carlota acercándose a la pantalla del ordenador.

—Es un suicidio.

—Sí, todos estos signos confirmaban que la ahorcadura había sido vital. Clara estaba viva cuando el lazo apretó su cuello.

Los hallazgos de la autopsia se confirmarían con el análisis histopatológico de los tejidos del cuello para diagnosticar los signos de vitalidad de las lesiones. Todos los indicios sugerían que Clara se había suicidado.

Era muy tarde. Carlota cogió su bolso. Se dirigía con paso rápido al aparcamiento para coger su coche, y al pasar por la puerta lateral del Instituto de Medicina Legal, donde esperaban los familiares de los fallecidos, escuchó una voz a su espalda.

—¡Carlota!

—¡Hola, Rocío! ¿Qué tal? ¿Por aquí defendiendo a alguna de tus clientas?

Rocío era una abogada amiga desde la adolescencia. Habían perdido el contacto, pero al volver a su ciudad natal lo habían retomado a través de su compañera médico forense Regina. A ambas Carlota las apreciaba. Al llegar a su nuevo destino, le habían ayudado a buscar la casa donde se habían instalado. Además, habían procurado que Javier y ella no se sintieran solos mientras se instalaban en Málaga. A Carlota, tras muchos años de ausencia, se le presentaba como nueva. Las tres habían salido varias noches a cenar a los chiringuitos de Pedregalejo con sus parejas, y habían tenido unas veladas muy agradables.

Algunas mañanas veía a Rocío en el edificio del juzgado, acompañada de mujeres maltratadas y víctimas de trata con fines de explotación sexual, a las que defendía de oficio. Trabajaba de abogada en una asociación que las asesoraban y defendían.

La mirada triste y su voz apagada hizo sospechar a Carlota que algo no iba bien. Rocío era una mujer alegre, con un rostro muy atractivo y al mismo tiempo afable, que reflejaba confianza al mirarlo. Sus ojos negros, que siempre irradiaban vitalidad, dejaban traslucir una tonalidad de profunda tristeza en sus pupilas. La forma triangular de su rostro, con su marcada mandíbula, ahora encajada, le confería un aspecto de firme decisión. Su sonrisa siempre había pensado que era contagiosa. En ese instante, Carlota percibió una pena infinita en su rostro.

—Desgraciadamente estoy por un asunto personal.

No le gustaba preguntar, pero le pareció que, en aquel momento, era lo más adecuado.

—¿De qué se trata?

—Es mi hermana.

—¿Qué le ha pasado?

Carlota hizo la pregunta, aunque intuía la respuesta por el lugar en que se encontraba.

—Está muerta.

—Lo siento mucho.

—Acaban de terminar la autopsia. Me han dicho que espere aquí, que en breve nos entregan el cadáver.

—¿Por qué no me has llamado? —le preguntó Carlota.

—Me avisaron esta madrugada. Ella hacía mucho tiempo que se fue de casa. Tenía poco contacto conmigo y con mi padre. Al parecer tenía mi dirección en algún documento y me han localizado. Es, bueno, era Clara.

—¡Tu hermana Clara!

Carlota no pudo evitar elevar la voz con su nombre. Al escucharlo en el levantamiento ese apellido le había resultado conocido. Ahora le encajaba, era la hermana de Rocío Bermejo. Había oído hablar de ella, pero nunca llegó a conocerla. Era la mujer joven pelirroja cuyo cadáver levantó ayer. Se quedó callada. No podía proporcionarle ninguna información como médico forense, pero le dio un abrazo. Carlota notó contra su cuerpo los espasmos de los sollozos de Rocío:

—Si puedo ayudarte en algo, aquí estoy.

En ese momento la puerta del garaje se abrió. Un coche fúnebre salió con un féretro en su interior. El conductor se paró al lado de Rocío.

—Buenas. La llevamos al tanatorio. Allí nos vemos.

—Sí, me voy para allá. Carlota, me tengo que marchar. Mi padre aún no lo sabe, y tengo que darle la noticia.

Será un momento muy difícil para mí. La relación se rompió hace mucho tiempo. No sé cómo lo voy a hacer. Pero ahora no es el momento de hablarlo. Adiós.

Se dieron otro abrazo. Carlota se despidió hasta la tarde, en que acudiría al tanatorio, y Rocío se fue hacia la salida principal del edificio. Carlota caminó despacio, hacia el aparcamiento del personal que estaba en el sentido opuesto. Era una de las cosas peores de su trabajo. Hacer un levantamiento o una autopsia a una persona conocida. El cadáver anónimo se había convertido en la hermana de su amiga.